

tenia de los grandes tiempos dos cosas capitalísimas; la palabra y la forma. Así escribió disertaciones interminables sobre las facultades de los concilios para enaltecerlas, cuando del amparo de los concilios necesitaba; y sobre las facultades de los Pontífices para extremarlas, cuando necesitaba de la limosna y de la proteccion del Pontificado. Pocas inspiraciones, pocas creencias, ninguna pasion, ningun heroismo, petrificado en los recuerdos clásicos cual un hombre que no acertara con la manera de vivir en su tiempo; Eneas Silvio, secretario de innumerables potentados, historiógrafo de los Emperadores, retórico de los Reyes y de los Papas, artificioso componedor de recuerdos históricos y de frases clásicas, parecia la seca erudicion y la fria retórica coronadas con la tiara de los Pontífices como para expresar de qué triste suerte el Pontificado romano se habia ido quedando sin la vida interior, sin alma y sin conciencia.

El reinado de Eneas Silvio fué un mero aparato teatral. Hasta el nombre de Pio lo eligió, porque Virgilio llamara en su epopeya el Pio Eneas á su héroe. Imaginaos qué impresion debia producir y qué sentimiento mover en ánimo tan concentrado, tan religioso, tan profundamente íntimo como el ánimo de Jerónimo Savonarola, Papa tan extraño, tan externo, tan retórico, tan actor como el Papa Eneas Silvio Piccolomini. Savonarola le vió un dia aguardado en Ferrara por millares de barcas que cubrian el Pó, todas ceñidas de flores y llenas de músicos y de coros, entrando rodeado de príncipes y caballeros, que á porfía ostentaban riquezas sin cuento, sobre un caballo adornado como un pegaso, bajo un dosel cerúleo, por una inmensa plaza en que danzaban las damas mal ceñidas y lucian sus frentes serenas reproducidas por mármoreas estatuas los dioses principales del antiguo Olimpo como si Cristo hubiera muerto en la conciencia humana y renacido en los campos y en los cielos de Italia el jóven Adonis y el antiguo Pan con todo su exuberante sensualismo. El natural horror al lujo, al placer, al arte plástico, al espíritu pagano del Renacimiento, á los vicios de aquellas cortes, á la tiranía de aquellos poderosos, á la servidumbre del pueblo, á la resurreccion de las divinidades clásicas debió crecer en aquella alma de republicano y de asceta, cuyo estoicismo le confundia con los últimos romanos de la libertad y cuyo misticismo con los primeros mártires del Evangelio.

Pio II concibió la vasta idea de promover la cruzada contra los turcos; y á esta vasta idea consagró toda su existencia. Fácil en idear, era extremadamente difícil en cumplir y realizar. Aquel diestro secretario de todos los potentados de Europa; aquel escritor, por quien conocemos tan gráficamente las guerras de Bohemia y las disputas de Basilea; aquel retórico que resucita en sus escritos la elocuencia ciceroniana; aquel poeta que escribe versos tan castigados y clásicos; aquel imitador de las bellaquerías de Bocaccio, diplomático, mundano, escéptico, erudito; al subir al trono y desde el trono proponerse las mayores empresas, no midiendo bien la distancia enorme entre la realidad y la idealidad; cae por su culpa en lo extravagante y en lo ridículo. Lo primero que se le ocurre tiene gracia, y explica hasta qué punto desconocía el mundo este hombre mundano. Se le ocurre desenterrar el mas puro latin, cortar su mejor pluma, disponer del estilo mas clásico, y enderezarle una carta al gran turco, reciente conquistador de Constantinopla, conjurándole con los ejemplos de Clodoveo, Recaredo y otros célebres conversos antiguos y modernos, á que abjure el mahometismo, y pasado á la religion cristiana, tome en la historia moderna el papel de los carlovingios en la Edad media, el papel de único defensor del Papa, por lo cual recibirá Bohemia, Hungría y otras regiones orientales prontas á entregarse á quien el Papa les designe por dueño y por señor. Mucho debe trastornar el seso la posesion completa de una autoridad absoluta, cuando literato de tan frio juicio y de tan sana desconfianza como Eneas Silvio, cree posible, reciente aun el malogro del pacto florentino entre la Iglesia griega y la Iglesia romana, mover á un musulman y á su pueblo con una carta retórica en latin sapientísimo, á que abjure la religion de su raza y de su historia por una religion tan repulsiva á su natural y á su conciencia como el cristianismo. Y si los medios morales de que se valiera resultan de este alcance, imaginaos cómo resultarán los medios mas difíciles, los medios materiales y económicos. Si comienza por ocurrírsele una carta dirigida al Sultan para iniciar la cruzada, concluye por ocurrírsele un expediente, que apenas mencionáramos, si no lo trajese entre documentos auténticos, escritor tan veraz, á pesar de su apasionamiento, como Potter, el cual atestigua de irrefragable manera todo cuanto vamos á decir, en el libro VII de su obra, época segunda, parte segunda, entre las notas al capí-

tulo IV. Pues se le ocurrió al buen Eneas Silvio publicar una tarifa, mediante la cual se perdonaban por dinero todos los pecados. Bien podia un asesino matar al primer eclesiástico que encontrara; por ocho mil ochocientos florines quedaba limpio, como una patena, y dispuesto á volar de un vuelo al Empíreo en la hora de su muerte. El mal hijo, que hubiese matado á su padre, pagaba con mucho menos el parricidio, con mil florines; y á este tenor el incesto y la bestialidad. Veinte mil florines compraban el cielo como cualquier finca y lo cedían todo entero al primer racimo de horca que hubiera escapado libre á la humana justicia. Expedientes, de tal suerte escandalosos, al par que ofendían la moral pública, estaban tocados de esterilidad honrosa para el humano linaje. Así es que, apenas percibió ingreso alguno de tan supremo é inverosímil arbitrio. Para mover los ánimos ocurriósele tambien traer de Oriente la cabeza de San Andrés, hermano de San Pedro; y entrarla en procesion triunfal por las calles de Roma. Era una hermosa noche de Italia; treinta mil hachones, llevados por personas vestidas todas caprichosamente, desvanecían las sombras y engendraban como un dia artificial; de ventana á ventana suspendíanse guirnaldas de flores, y de las guirnaldas caían lámparas alimentadas con perfumados aceites; ramajes bien olientes enramaban el pavimento de las calles y tapices multicolores cubrían las fachadas de las viviendas; al ingreso de los barrios comparsas de bailarines y acróbatas hacían toda suerte de juegos y á la puerta de los palacios coros múltiples, acompañados por deliciosas orquestas, entonaban toda suerte de cánticos; lucían las damas, como las antiguas matronas en el Circo, sus gracias casi desnudas, al través de encajes y de gasas; y las torres altísimas y las líneas de los monumentos religiosos y los frontones de las iglesias brillaban con luces de tal suerte numerosas y deslumbradoras que parecían como una lluvia de estrellas. Pero, entre cartas retóricas, entre discursos aparatosos, entre arbitrios infecundos, entre procesiones teatrales, lo cierto es que la cruzada contra los turcos no crecía gran cosa. Citadas las gentes de armas á la ciudad de Ancona, apenas encontraron con qué mantenerse; y se dieron á la rapiña y al saqueo. Por todas partes, bandas de gentes desarrapadas y hambrientas acometían á los viajeros, asaltaban los hogares, y esparcían los horrores de la guerra civil á sangre y fuego. Las frases menudeaban al compás que disminuían las fuerzas. Los discursos re-